

**Septiembre 8, 2000**

**ARMANDO SAAVEDRA SUÁREZ,  
A CINCO AÑOS DE SU LLORADA PARTIDA**

**Por Agustín Saavedra Weise**

El 1º de agosto de 1956 fallece prematuramente en Río de Janeiro el doctor Luis (“Sapito”) Saavedra Suárez, dejando tres niños y una joven viuda, Marcela Bruno (“Pimpa”). Tía Pimpa contrajo luego nupcias con ese hombre maravilloso que es Don Enrique Kempff Mercado, con quien tuvo dos hijos (Carlos y Mónica). Enrique fue el padre efectivo de los hijos de Luis, a quienes crió con amor e inculcó sus virtudes.

El 8 de septiembre de 1966 falleció mi padre, Agustín (“Cuti”) Saavedra Suárez, cuando yo era un muchacho, el mayor de otros tres hijos que quedamos sin padre. Por una curiosa jugarreta del destino, en 1995 en el mismo día y mes –8 de septiembre– falleció Armando Saavedra Suárez, adorado y siempre recordado tío carnal, quien fue para mi, mis hermanos y primos hermanos hijos de Luis, como un segundo padre. Escribo hoy entonces, recordando al ser querido y en nombre de la familia.

Armando Saavedra Suárez –fruto de la unión de Peregrina Suárez y José Saavedra Rivero– perteneció a una de las más añejas familias de Santa Cruz, siendo el menor de cinco varones, agregando una hermana mujer y un hermano por el lado paterno (Angel). José, Luis, Agustín, Hernán y Armando juntos con Pastorita (ella murió mucho tiempo atrás en la tragedia del trimotor “Chorolque”), formaron la esencia de los Saavedra Suárez. A su turno, los otros hermanos transitaron hacia la eternidad. Armando fue el último de la estirpe.

De una categoría verdaderamente selectiva de grandes hombres descendía tío Armando, entre ellos el general Agustín Saavedra Paz, héroe de Ingavi. Si retrocedemos cronológicamente más para buscar antepasados, llegamos a los Toledo y Pimentel, los Duques de Alba y la propia realeza española. Ese fue su ilustre abolengo.

Armando popularmente era conocido por su apodo “Patochi”, creado ingeniosamente en el período estudiantil por sus condiscípulos y a consecuencia de haberse fracturado una pierna jugando al fútbol durante su juventud.

Luego de la Revolución de 1952, debió marchar junto con sus hermanos por el duro camino del exilio, con las privaciones y nostalgias que ese arduo sendero trae consigo.

Obligado a permanecer fuera del suelo natal, tío Armando se instaló en San Pablo (Brasil). Allí desarrolló varias actividades, ayudó a quien podía y a quien le pedía algo, aunque estuviera sufriendo carencias y necesidades en carne propia. Una vez caído el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario en 1964, tío Armando volvió a

Bolivia y lo nombraron Cónsul en Santos y en San Pablo. Durante muchos años, su labor allí fue ponderada entre propios y extraños. Se lo recuerda por la colaboración que brindó a cuánto boliviano o extranjero se presentaba en las oficinas consulares.

Retirado de sus importantes actividades diplomáticas, Patochi retornó al terruño, a Santa Cruz. Aquí pasó feliz sus últimos días, entre viaje y viaje, en compañía de familiares y con sus buenos amigos de la tradicional comparsa “Tauras”, hasta el momento final de la enfermedad postrera y de su lamentado deceso.

Hombre sencillo pero “bon vivant”, tío Armando gozaba en los últimos años de su vida recorriendo el mundo. Le gustaba integrar grupos turísticos que surcaban los siete mares en barcos de gran tamaño y especialmente programados para visitar exóticos parajes. El globo terráqueo no le era extraño. Siendo muchacho, ya había vivido en urbes como Hamburgo y Nueva York.

Nuestra tía Judith Bruno –ejemplar esposa de imponderable valor– lo ayudaba en todo, acompañó a Patochi hasta el final y fue –es– pilar fundamental de la familia hasta hoy. Los hijos: Carlos (“Fufi”), Alfonso (“Pepe”) y Tania, le dieron al matrimonio la satisfacción de ser eximios profesionales, cada uno en su ramo y darán bastantes cosas más en el futuro. Fufi –economista– tuvo ya la enorme responsabilidad de ser Ministro del Interior. Destacado político, actualmente es Ministro de Comercio Exterior e Inversiones y con pasta de sobra para proseguir exitosamente su trayectoria. Pepe –renombrado arquitecto–, se destacó en la Subsecretaría de Energía y en la Gerencia General de Cordecruz y aparte de sus numerosas actividades privadas, brindará todavía mayores satisfacciones. Tania es excelente doctora en medicina y empresaria exitosa. Los tres de enorme calidad humana, ésta añadida a sus merecidos logros, pero ciertamente heredada de sus nobles progenitores. Los sobrinos tampoco lo defraudamos a tío Armando: todos fuimos profesionales, honestos y productivos.

Tan enorme era el corazón de Armando Saavedra Suárez, que no bastaba para su total felicidad el progreso personal y la positiva trayectoria de sus vástagos. El se preocupaba por nosotros, quería que sus sobrinos –sin excepción– estuvieran bien, que sigan bien y que prosigan bien en la gama global de la existencia, no solamente en el aspecto material.

Armando Saavedra Suárez, con genuina felicidad y orgullo, asimilaba el hecho de que los sobrinos sin padre desde la niñez y juventud, descargáramos en él –incluso ya siendo adultos– nuestros filiales sentimientos, sentimientos que paternalmente los correspondió cariñosamente cada instante.

Tío Armando fue parte imprescindible de nuestras vidas. Esposas y novias lo quisieron también mucho. Al conocerlo, inmediatamente se daban cuenta de lo que significaba el tío por sí mismo y para todos nosotros, no solamente para sus tres hijos sino

también para seis de sus sobrinos directos, los hijos de dos de sus prematuramente desaparecidos hermanos –Sapito y Cuti– sobre los que ejerció siempre su enorme y sana influencia. Me refiero a Luis, Eduardo y Roberto Saavedra Bruno, Carlos Alfredo y Patricia Saavedra Weise más este columnista.

Nuestro recordado tío, tozudamente sembró e inculcó la unidad entre los descendientes propios y los de sus hermanos. Los frutos son ahora el sentimiento común que une a hijos y sobrinos, todos nosotros no solamente amigos sino también férreamente unidos, como lo quiso y lo estimuló Patochi.

En 1983 cuando volví de Europa le expresé mitad en serio, mitad bromeando y al calor de una simpática reunión familiar, que él era nuestro “Comandante”. Tío Armando quedó encantado. Así fue como risueñamente comenzamos a llamarlo “Comandante Saavedra”.

Como dije hace un lustro, el cuerpo físico se va pero el espíritu permanece. Los ejemplos, guías y actos de tío Armando y que fueron orientadores de nuestras vidas, jamás se irán. Mucho de lo que fue Armando Saavedra Suárez permanecerá en sus hijos y en los sobrinos que éramos también como sus hijos. Usted, tío, inculcó reiteradamente la unidad y nos unió de verdad. No se ha ido, sabemos que sigue con nosotros.

Tío: lo quisimos, lo queremos y lo querremos. Usted en esencia queda; el cuerpo partió pero su alma y su ejemplo están a nuestro lado.

Armando Saavedra Suárez –Patochi– no se marchó al morir físicamente. El Comandante vive y vivirá, en nosotros y en nuestra descendencia, hasta el fin de los tiempos y mientras viva en este mundo un heredero de los Saavedra Suárez.

-----00000-----